

**Joel Agee**

El mundo de piedra





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Joel Agee

## El mundo de piedra

Traducción del inglés por  
Benito Gómez Ibáñez

---

Título original: *The Stone World*

© Joel Agee, 2020

Publicado de acuerdo con Melville House Publishing Llc a través de International Editors' Co

© por la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-322-4182-6

Depósito legal: B. 3.587-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

---

## 1

Al chico le gustaba tumbarse a la sombra con la oreja pegada al fresco empedrado del patio. Zita, la criada, podría estar tendiendo ropa. En el jardín había una bañera de piedra donde lavaba algunas cosas. El borde tenía un barrillo verde y resbaladizo que al chico le gustaba tocar. Para la gran colada, Zita iba al cercano arroyo, donde también acudían a lavar otras mujeres. A veces la acompañaba el niño. Se tumbaba en la hierba a leer libros o a entregarse a sus ensoñaciones mientras oía el rumor de la corriente y la charla de las mujeres. Cuando confluían ambos sonidos parecía que el agua parloteaba y reía y las mujeres formaban parte de la cadencia y el murmullo del agua. Pero también le gustaba tumbarse en el patio de piedra, donde se ponía a escuchar sintiendo el frescor en el rostro.

Una vez su madre le preguntó qué estaba ha-

---

ciendo. Él dijo que estaba escuchando. «Escuchando qué», preguntó ella. «La piedra.» «¿En serio? —le dijo—, ¿y qué dice?» «No dice nada —contestó él, riendo—: ¡Las piedras no hablan!» «Entonces, ¿qué es lo que oyes?» «No sé —dijo él—. Solo que me gusta escucharla.» Ella no siguió preguntando.

Su madre se dedicaba a la música. Tocaba el violín todos los días. Para practicar, decía ella. «¿Por qué practicas?», le preguntó el chico. «Para tocar mejor», dijo ella. «Pero si ya *topas* bien», objetó él. «*Toco* bien —lo corrigió ella—. Sí, toco bien, pero puedo tocar aún mejor, y por eso practico. Más adelante, cuando consiga perfeccionarme, tocaré para que lo oiga la gente. A eso lo llaman interpretar. Practico para poder hacer una buena interpretación.»

«Una interpretación *perfecta*», apostilló él.

«Puede», dijo ella con una sonrisa.

Zita pronunciaba el nombre del niño como una palabra en español, Pira. Otros niños, incluso mexicanos y estadounidenses que hablaban español, también lo llamaban así. Algunos lo llamaban Pedro. En cualquier caso, su nombre era Peter. Le gustaba cómo sonaba en boca de los mexicanos. Eso hacía que se sintiera mexicano, más aún que si se llamara Pedro.

Cuando jugaba en la calle con niños mexicanos, no le gustaba que su madre y su padre lo llamaran por su nombre estadounidense. Los esta-

---

dounidenses eran gringos, así que Peter era un nombre gringo.

Ser gringo no era nada bueno. A veces los demás niños empleaban esa palabra. Siempre hablaban de alguien que no estaba allí o incluso de todos los gringos del mundo, y esa palabra siempre sonaba mal. Era consciente de que podían llamarlo gringo porque era estadounidense y su madre, ni que decir tiene, era gringa incluso en su forma de hablar español. Su padre era alemán, pero eso no hacía menos gringo a Pira.

Y, sin embargo, nadie lo había llamado así en la vida. Una vez, un chico hizo trampas a las canicas y Pira lo llamó «cabrón», consciente de que era una palabrota, y el chico, en vez de llamarlo «gringo», le dijo «chinga tu madre», que era una de las peores expresiones y que, según le habían dicho, jamás debía emplear. Eso demostraba lo verdaderamente mala que era la palabra *gringo*.

A veces, Pira rezaba para que le permitieran ser mexicano.

El apellido de Pira era Vogelsang. Le gustaba, aunque no era nada mexicano. Era el apellido alemán de su padre, y significaba «canto del pájaro».

Su padre era escritor. Cuando se iba a su cuarto a escribir, decía que iba a trabajar. Cuando escribía tenía un sempiterno aire de inquietud, y la habitación donde trabajaba siempre estaba llena

---

de humo. Aquel cuarto era su despacho. En una pared, cerca del escritorio, colgaba la roja imagen del brazo de un hombre con el puño cerrado sobre algunas palabras en alemán. En otra había una fotografía de la casa de un escritor famoso de hacía mucho tiempo, con bonitos árboles alrededor. Había una librería abarrotada de libros y en el último estante se veían unos diez o quince ídolos, verdes y marrones, altos y bajos. Pira no tenía permiso para jugar con ellos.

Zita también trabajaba. Barría y fregaba los suelos, hacía las camas, iba a la compra, lavaba la ropa. Ese era el trabajo de Zita. A veces su madre la ayudaba a hacer la comida, aunque en general no hacía nada. Practicaba. A lo mejor también eso era trabajo. Ella decía que sí. Y, además, tocaba.

Pira estaría pronto en primaria y tendría deberes para casa. Lo esperaba impaciente. Pero ahora era verano y lo único que hacía era jugar. Jugaba en la calle con los chicos, y también con sus dos mejores amigos: Chris, un niño estadounidense sin madre y con un padre rico, y Arón, que no tenía padre y su madre era pobre. Chris vivía en una casa grande y blanca que tenía una ametralladora en el jardín. Un chófer lo llevaba en coche por ahí. Arón vivía cerca, en una casa sombría llena de crucifijos. Solo tenía un juguete: un esqueleto que movía brazos y piernas cuando se tiraba de un cordel. Una vez Pira dio a Arón un coche de juguete para que se quedara con él. Aquel mismo

---

día, Arón le devolvió el coche, entre lágrimas. Su madre lo había azotado con una correa, dijo, por coger lo que no era suyo, aunque fuese un regalo de Pira. La madre de Pira habló con la de Arón.

—Su hijo sufre mucho, señora —dijo—. No le pegue, por favor. Todos lo queremos.

—Le daré tantos azotes como se merezca —replicó la madre de Arón.

Chris también recibía palizas, pero no tan a menudo. Una vez enseñó a Pira un verdugón que le había hecho su padre en el trasero con un cepillo del pelo.

De cuando en cuando, los tres chicos jugaban juntos.

Pero muchos días Pira jugaba solo, y se lo pasaba bien. Le gustaba montar en su moto por el patio. Le gustaba conducirla con un pañuelo de seda enrollado al cuello, mientras fingía que era Superman. Le gustaba jugar con sus indios y soldados de metal. Le gustaba escuchar a Paco, el loro, que parloteaba en el plátano de la parte de atrás de la casa. Le gustaba tirar palos a Tristan, el perro, cosa que al animal le encantaba. Y hacía poco había descubierto la manera de leer, y eso también era divertido. Aquel descubrimiento se produjo por sí solo. Sus padres siempre le estaban leyendo libros, y fijándose en los dedos que se deslizaban a lo largo de la línea, pronto comprendió que era capaz de leer.

A veces trepaba al enorme zapote del jardín.

---

Antes necesitaba que su padre lo ayudara a encaramarse a una rama grande, pero ahora había una escalera apoyada en el árbol, de modo que podía subir por su propio pie. Erguido sobre aquella rama y sujetándose en otra más alta, imaginaba que era un marino entre los aparejos de un velero, sobre todo cuando soplaba el viento. También se sentaba en la rama grande, abrazado al tronco del árbol para no caerse. Desde allí su mirada llegaba al otro lado del valle hasta los volcanes coronados de nieve, el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl.

Zita le había contado un historia sobre ellos. Popocatépetl era un gran guerrero azteca. Iztaccíhuatl, una princesa. Popocatépetl amaba a Iztaccíhuatl y pidió permiso al padre de la joven para casarse con ella. Este le dijo que primero tendría que combatir a un rey malo que vivía lejos. Popocatépetl emprendió la marcha hacia aquel lejano reino, luchó contra el rey malo y lo mató. Pero tardó mucho tiempo en volver a casa. Otro hombre que también quería a Iztaccíhuatl contó a todo el mundo que Popocatépetl había muerto. Así que el padre de ella sentenció que el otro hombre podía casarse con la princesa. Iztaccíhuatl no quería casarse con él, pero su padre dijo que tenía que hacerlo. Entonces Iztaccíhuatl se puso tan triste que se murió, y justo después de su muerte volvió Popocatépetl. Todo el mundo se echó a llorar. Fue un día muy triste. Popocatépetl dijo que se llevaría a Iztaccíhuatl para no volver jamás. Subió en brazos su cadáver a lo más alto de

---

las montañas, la depositó en el suelo y se quedó mirándola noche y día, sin moverse. Entonces empezó a nevar y nevar hasta que la cabeza, el pecho, las rodillas y los pies de Popocatépetl y de Iztaccíhuatl se cubrieron de nieve, y así se quedaron por siempre jamás.

Pira ya no pedía a Zita que le contara esa historia. Estaba en su memoria y en la de las montañas mismas, Popocatépetl en pie, con la cabeza ligeramente inclinada, Iztaccíhuatl yaciendo de espaldas frente a él. Y en lugar de la voz lenta y grave de Zita, oía los pájaros y los gritos de los vendedores en la calle.

Uno de sus libros favoritos era *Los cuentos de así fue*. De vez en cuando, la persona que contaba los cuentos decía «Mi niño querido», o bien «¡Oh, mi querido niño!», y en tales momentos Pira siempre sentía un placer especial, como si se dirigieran a él personalmente en los términos más amables y respetuosos imaginables. Por la forma en que las palabras estaban escritas, con mayúscula, parecía que tenían su importancia. El «mi», cuando aparecía, era como la reverencia que se hace a un rey: «¡Mi querido rey!». Otra cosa que el narrador del cuento decía de cuando en cuando era «atiende y escucha». Lo decía de diferentes formas:

«¡Ahora escucha y atiende!»

«Ahora atiende y escucha!»

---

«¡Escúchame con mucha atención!»

«¡Ahora vuelve a prestar toda tu atención y escucha!»

A veces, cuando Pira se quedaba tumbado en el patio sin hacer nada, esas palabras le venían a la cabeza y le recordaban que era capaz de escuchar.

Fue Zita quien le enseñó a rezar.

—Puedes rezar a Dios o a la Virgen de Guadalupe o al Señor Jesús —le dijo—. El Señor Jesús es el dios del amor. Junta las manos así y pídele que ayude a todas las personas y a todos los animales. Luego puedes rezar por ti y por la gente que quieres.

Cuando Zita hablaba de Dios y del Señor Jesús, empleaba palabras especiales que no se decían así como así al hablar normal. «Poderoso», por ejemplo. Otra palabra que Zita utilizaba era «gracia»: era algo que la Virgen te daba si le rezabas a ella; gracia y cariño. Pira sabía que *cariño* significaba «ternura», pero desconocía el sentido de *gracia*, y cuando se lo preguntó, Zita no supo explicárselo. Así que le preguntó a su madre:

—¿Qué significa *gracia*?

—Significa que estás agradecido.

—No, *gracias* no: *gracia*.

—¿Quién te ha enseñado esa palabra?

—Zita. Me ha dicho que no sabía explicármela.

—Es que es difícil de explicar. Significa «*grace*»

---

en inglés. Aunque se parece a *belleza*, no es lo mismo. Las bailarinas tienen gracia: la forma en que se mueven, en cómo se quedan de puntillas. Una bailarina puede ser bella, pero si no tiene gracia... —remedó con las manos los movimientos de una bailarina—, así..., entonces no es una buena bailarina de verdad. La gracia es una especie de belleza.

Él asintió con la cabeza.

—También hay gracia en la música —añadió ella—. Te lo mostraré.

Cogió el estuche del cajón donde lo guardaba, sacó el violín y el arco, se ajustó el instrumento debajo de la barbilla y con el arco le arrancó una nota larga y clara.

—Eso es belleza —dijo ella.

Él lo entendió.

—Y ahora, ahí va la misma belleza pero con un toque de gracia.

Y de nuevo produjo el mismo sonido largo y creciente, pero con dos dedos provocó un trémula y delicada corchea danzante cerca del final.

—Eso es gracia —dijo Pira, describiendo con los dedos pequeñas ondas para imitar la gracia.

Su madre asintió. Volvió a poner el violín y el arco en el estuche y a guardarlo en el cajón, que dejó cerrado.

—De hecho —dijo entonces—, Zita tiene gracia. También es bella, pero tiene gracia.

—¿Como una bailarina?

—Algo así. La manera en que lleva la cabeza al

---

andar, la forma en que está de pie, el modo en que se sienta.

—¿Cómo se sienta?

—Ya sabes..., muy derecha. Muy digna.

—¿Qué es *digna*?

—¡Con gracia! —dijo ella, y los dos se echaron a reír—. Eso le viene de llevar cosas en equilibrio sobre la cabeza —añadió su madre.

Pira recordó la manera de andar de Zita a su lado o delante de él cuando iban y volvían del arroyo, llevando la colada en un cesto en equilibrio sobre la cabeza. Unas veces lo sujetaba con una mano, y otras caminaba con los brazos a los costados y la cesta no se le caía.

—Zita dice que la gracia se la da la Virgen de Guadalupe —dijo él.

Ahora su madre parecía sorprendida.

—Ah. Esa es otra clase de gracia. La misma palabra, pero con un significado diferente.

Se quedó pensándolo. Pira esperó.

—Es algo parecido a la suerte. Cuando las personas religiosas son afortunadas, creen que su suerte procede de Dios, o de una diosa. Así que rezan para estar en gracia. Y a veces lo consiguen, pero no precisamente porque haya un dios.

Pira ya no sentía curiosidad por la gracia. Parecía cosa de mujeres, y él iba a ser un hombre. Si rezaba, rezaría al Señor Jesús, el dios del amor, que era muy poderoso.

Pero al cabo de un tiempo, cuando pensaba en

---

Jesús, le resultaba difícil imaginarlo poderoso, porque estaba clavado en una cruz. ¿Cómo podía socorrer a alguien? Él mismo necesitaba ayuda. De modo que cuando rezaba, cosa que hacía muy de vez en cuando, Pira rezaba a Dios. Dios era el padre del Señor Jesús. Lo sabía todo y podía hacer cualquier cosa, así que tenía sentido rezarle a él.

Al otro lado del arroyo al que iban las mujeres a lavar la ropa se extendía una pradera donde pastaban vacas. Al final del prado había un barranco. Su padre lo llevó allí una vez, cuando Pira era pequeño. Tiraron piedras desde el borde y las oyeron caer al suelo, abajo.

—Nunca te acerques al borde si estás solo—dijo su padre—. Es muy peligroso. Fíjate en cómo caen esas piedras: si tú te caes, te matas.

Pira nunca volvió al barranco. Muchas veces, cuando estaba con Zita y las demás mujeres cerca del arroyo, alzaba la vista del libro para observar las vacas que pastaban al otro lado de la corriente. Algunas se acercaban al precipicio, y se preguntaba si eran conscientes del peligro que corrían.

La madre de Pira se llamaba Martha. Se dirigía a Zita por su nombre de pila y quería que ella la llamara Marta. Zita lo intentó unas cuantas veces, pero no pudo. Le sonaba raro. La llamaba «señora

---

Marta». Cuando charlaban entre ellas se trataban de usted y no de tú.

—¿Zita es tu amiga? —preguntó Pira a su madre.

—Pues claro que es mi amiga —contestó Martha—. Yo quiero a Zita.

—¿Y por qué dice «señora Marta» y no «Marta»?

—Porque trabaja para nosotros y le pagamos. Tampoco llama Bruno a Bruno.

Bruno era el nombre del padre de Pira.

Así que Zita y Martha eran amigas, pero no de la misma forma en que lo eran Martha y sus demás amigas, o Zita y sus amigas. No llegaba a entenderlo, pero había una explicación.

Otros niños también empleaban nombres diferentes para sus padres. Pero eso no necesitaba explicación, era así y punto. Arón llamaba «mamá» a su despiadada madre. Cuando Chris hablaba con su padre, decía «papá», pero cuando su padre le hacía una pregunta respondía «sí, señor» o «no, señor». Pira llamaba a sus padres «Bruno y Martha». Durante un tiempo intentó llamarlos «mamá y papá», como los niños estadounidenses llamaban a sus padres en los libros, pero así parecían padres de pega, de modo que siguió llamándolos por su nombre de pila, igual que ellos lo llamaban Peter a él. Pero cuando hablaba de ellos con Zita, siempre decía «mi madre» o «mi padre», nunca Martha o Bruno. Le habría resultado raro, si no.

---

Paco, el loro, solía limitarse a parlotear, chillar y emitir ruidos como chasquidos, pero de vez en cuando decía cosas como «¡Sí, cómo no!» y «¡Caramba!». En alguna que otra ocasión se llamaba a sí mismo: «¿Paco?, ¡Paquito!». Hablaba con voz de hombre, probablemente del que lo enseñó a hablar. Una vez, posado en el dedo de su padre, dijo: «¡Cristo está vivo, cabrones!», cosa que, según Bruno, era lo más divertido que había oído en la vida. Martha intentó enseñarle palabras inglesas, pero Paco no mostró interés.

Martha quería a Paco casi tanto como a Pira y a Bruno, y era evidente que Paco la quería a ella más que a nadie. Se posaba en su dedo y se quedaba escuchándola con la cabeza inclinada cuando ella le decía:

—Paco, mi cielo. Qué pájaro tan bonito eres.

También ladeaba la cabeza cuando ella tocaba el violín. Martha decía que entendía la música.

Bruno era el padre de Pira, pero Pira también tenía otro padre que se llamaba David y vivía en Nueva York. David era su primer padre, y Bruno, su padrastro. Martha decía que Bruno era su padre verdadero tanto como lo era David y, en cierto modo, más de verdad, porque David estaba lejos y no había visto a Pira desde que era pequeñito salvo por unas cuantas semanas cuando tenía cuatro años. Pero justo por esa razón, Martha quería que Pira supiera que David era su padre.

---

—Un día os volveréis a ver y verás que te quiere —le dijo—, aunque no te haya visto desde que eras muy pequeño.

Le contaba muchas cosas sobre David.

Dijo a Pira que David era músico, como ella. Que tocaba el piano. Que David y Martha solían dar conciertos juntos. Para enseñárselo, puso un disco que habían grabado. Dijo que David y ella se habían separado porque no se llevaban bien, y que ahora ella lo quería igual que siempre, pero no de la misma manera en que quería a Bruno. A veces enviaba a David fotografías de Pira. Entonces David escribía a Martha, y ella le contaba a Pira que David había dicho que lo quería y que estaba orgulloso de él.

Una vez Martha sugirió a Pira que escribiese una carta a David, así que él dictó a Martha unas palabras en las que hablaba a su primer padre sobre el zapote, sobre Iztaccíhuatl y Popocatépetl, sobre Bruno, Zita y Tristan. Entonces David le escribió sobre un concierto que había dado en un sitio llamado Tanglewood. A Pira le gustó mucho el nombre, Tanglewood. Sonaba a misterio y oscuridad como los bosques en Hansel y Gretel, pero estaba iluminado y era real porque David había estado allí.

Varias veces a la semana, Martha tocaba cuartetos de cuerda con tres húngaros: Ferenc, István y Sándor.

---

En ocasiones iban a ensayar a casa de Pira, pero normalmente se reunían en la de Sándor. Sándor era el primer violín y Martha, el segundo. István tocaba la viola y Ferenc, el violonchelo. Se hacían llamar el Cuarteto Ferenc Sándor. Cada pocos meses tocaban en Ciudad de México, Guadalajara, Juárez y otras grandes ciudades. En cierta ocasión tocaron un quinteto de piano en Nueva York con David, el primer padre de Pira, al piano. Pero de eso hacía mucho tiempo.

Sándor era el mejor amigo de Bruno, y una húngara amiga de Sándor, Valéria, también era buena amiga de Martha.

Los dos hablaban alemán, como Bruno, aparte del húngaro. Sándor iba a menudo a la casa, a charlar, fumar y beber con Bruno, a reír y cantar con Martha, a veces incluso a bailar con ella al son de un disco, y a hacer trucos de magia para Pira. Era capaz de hacer trizas un billete, juntar los trozos y desplegarlo otra vez de una pieza, sin romper. De quitarse la mitad del pulgar y pegarlo de nuevo. De meterse cigarrillos por la nariz, uno detrás de otro, y hacerlos desaparecer. De hacer anillos de humo. Sándor era divertido.

Por la radio cantaba a veces un hombre: «¿Por qué me llamas, si no me quieres? ¿Por qué me escribes, si no sé leer?».

A Martha le parecía divertida la canción. No

---

por el hombre a quien no querían, y Martha decía que no se reía de él.

Cada pocos días llegaba una carta de Federico, el novio de Zita, y Martha se la leía a Zita. A Pira también le gustaba oír lo que decían las cartas. Contaban historias sobre Federico y su familia: sobre quién estaba enfermo o recuperándose, quién tenía novio y a qué se dedicaba ese novio en la vida, quién tenía trabajo y quién no, quiénes estaban aprendiendo a leer y de quiénes eran hijos, y saludos de todos, una larga lista de nombres; así como sobre el sindicato de Federico y sus planes de ir a la huelga para contribuir a que todos los trabajadores ferroviarios ganaran más dinero, y acerca del amor que Federico sentía por Zita. Sobre todo, la parte sobre planear una huelga le parecía emocionante.

Pero escuchar solo era una parte de sus placeres. La otra era observar a Zita mientras ella escuchaba. Cuando Federico decía que era feliz, el significado de la palabra parecía brillarle en los ojos y la sonrisa: ella era feliz con él. Y cuando él hablaba de tristeza o soledad, Pira veía esas dos emociones en el rostro de Zita y las experimentaba con ella. Martha le había dicho una vez que la poesía era como la música, solo que hecha con palabras. Las cartas de Federico eran así. Pero las palabras ni siquiera eran suyas, porque Federico no sabía escribir. Tenía que dictar las cartas a un escritor de cartas de Ciudad de México que, según

---

Martha, cambiaba palabras y añadía otras para que la misiva resultara más bonita. Así que, ¿de quién era la música?

Del mismo modo, Zita dictaba sus cartas a un hombre que instalaba su máquina de escribir en una mesita cerca del quiosco de música en el zócalo. A veces la acompañaba Pira mientras las dictaba. «Dígale que lo echo de menos», dijo una vez al hombre, que escribió a máquina durante un rato. Luego, cuando pidió a Pira que la leyese antes de meterla en el sobre y sellarlo, sonaba de otra manera: «Mi queridísimo, mi bienamado Federico. La vida sin ti es solo media vida, pero tu amor endulza mi pesar».

—Es cierto —dijo Zita entonces—. Eso es lo que siento.

Federico iba cada dos meses a ver a Zita. Llegaba un viernes por la mañana después de viajar durante mucho tiempo. Ella iba a recogerlo a la estación de autobuses y juntos se dirigían a casa de Pira, en la calle Humboldt. Federico venía siempre con una maleta pequeña, mientras Zita llevaba en la mano las flores que Federico le había traído. A veces caminaban cogidos de la mano. El jefe de Federico dejaba que se tomara libres el viernes y el sábado, y el lunes siguiente también. Eso era un detalle por parte del jefe, decía él. Federico perdía tres días de paga, pero luego trabajaba más horas

---

y domingos también para recuperar el dinero perdido y, además, aumentar sus ingresos para meterlos en el banco. No le resultaba difícil, según afirmaba, porque a cambio de eso pasaba tres días enteros con su novia. Pira vio lo contenta que se ponía Zita cuando Federico decía que era su novia.

Una vez Martha dijo a Zita que el sacrificio de Federico demostraba lo enamorado que estaba. «Sacrificio», dijo, y «enamorado». Pira no tenía claro ante cuál de esas dos palabras se agrandaban los ojos de Zita, como sucedía siempre que Martha decía algo importante. Se figuraba que era *sacrificio*. Esa era sin duda la que al oído parecía más importante.

Pira sabía lo que era el sacrificio porque había leído libros sobre la conquista. Había uno en particular, ilustrado, que mostraba cómo los mexicanos antiguos ofrecían sacrificios humanos a sus dioses. Un sacerdote sacaba a la víctima el corazón del pecho con un cuchillo y lo alzaba hacia el sol. Otros sacerdotes sujetaban brazos y piernas a la víctima para que no pudiera moverse. La víctima tenía la cabeza echada hacia atrás con la boca abierta. Algunos de los sacrificados eran niños. A lo mejor estaban gritando, y puede que ya estuvieran muertos.

Unas veces las víctimas eran cautivos que no querían ir al sacrificio, y otras eran atletas que habían competido con otros en sagrados juegos de pelota por el honor de que les arrancaran el cora-

---

zón en alabanza a Huitzilopochtli o a cualquier otro dios que gustara del sabor del corazón humano. ¿Por qué querría alguien que le arrancaran el corazón? Tendría que preguntárselo a Bruno. Bruno sabía un montón de cosas que habían ocurrido de verdad y que ahora mismo pasaban en el mundo. Martha también sabía mucho, pero no tanto sobre cosas verdaderas sucedidas en el mundo hace mucho tiempo.

Para Pira, las visitas de Federico siempre eran emocionantes. Federico era fuerte, probablemente más que Bruno. Cierta vez que Pira luchaba en el jardín con Bruno y su padre forcejeaba para sujetarle las muñecas contra el suelo, Pira le dio un fuerte empujón, Bruno cayó de espaldas y lo inmovilizó contra el suelo.

—¡Qué fuerte eres! —dijo Bruno.

Pira se sintió orgulloso, pero no le gustaba ser más fuerte que Bruno. Así que preguntó a Martha:

—¿Por qué Bruno no tiene fuerza?

Y Martha le contestó que estaba fingiendo y que en realidad era bastante fuerte. Pero una vez que Bruno estaba sentado en el césped, Martha y Valéria, la amiga de Sándor, se acercaron sigilosamente a él por detrás, lo cogieron de los brazos y lo sujetaron contra el suelo. Todos reían, no era más que un juego, pero Pira veía que Bruno quería incorporarse y no lo consiguió hasta que ellas se lo permitieron. Eran dos contra uno, pero de todos modos Bruno era un hombre, así que no estaba claro.

---

Sin embargo, con Federico no cabía duda. Federico era fuerte. Era capaz de alzar a Pira en volandas y depositarlo de nuevo en el suelo muy rápido, como si no pesara nada en absoluto. Cuando Pira intentaba luchar con él, Federico le daba vueltas y lo lanzaba al aire en la dirección que quería. Era como un gigante. Hacía aparecer una redonda montaña de músculo en el brazo flexionado, como Popeye. Además se peinaba de una forma especial, a lo mexicano. Necesitaba ambas manos para peinarse, y también un espejo. Primero se echaba en la cabeza unas gotas de un frasco y se frotaba el cuero cabelludo. Luego, con una mano, se pasaba despacio el peine por el pelo negro y brillante mientras la otra, cuidadosamente, seguía al peine para asegurarse de que estaba bien peinado además de parecerlo. Si la raya no quedaba recta, empezaba otra vez desde el principio. Solo cuando todo estaba perfecto añadía el toque final, que consistía en apartarse un poco el pelo hacia un lado de la frente para hacerse una onda por encima. Además, también calzaba unos zapatos extraños. Eran puntiagudos y tenían muchos agujeritos en la parte delantera.

Zita tenía dos dioses en su cuarto. Cada uno en una mesilla de noche, uno a cada lado de la cama: un ídolo de una piedra verduzca, de piernas rechonchas y una amplia sonrisa en el rostro, con

---

una bandeja cuadrada en las manos y un crucifijo de metal como los que tenía en casa la madre de Arón. Zita contaba a Pira muchas cosas sobre el Señor Jesús y casi nada sobre el ídolo, que ni siquiera tenía nombre.

—Solo es un adorno —explicó ella—. No le rezo. Yo rezo al Señor Jesús. Es el dios del amor. No se necesita otro dios.

—¿Y a la Virgen de Guadalupe?

—A ella también le rezo. Aunque no es una diosa. Es la madre de Dios. También es la madre de todos los indios, pero no es una diosa. Jesús es el único dios verdadero.

«El único dios verdadero.»

Pero con frecuencia ponía algo en la pequeña bandeja de la estatuilla —normalmente una flor, a veces comida, un trozo de chile y, en una ocasión, una foto de Federico—, así que Pira sospechaba que Zita mentía y que el ídolo no era un adorno sin más, sino algo especial en el sentido en que el Señor Jesús era especial, un dios.

Se lo contó a Martha.

—Me parece que Zita miente.

No es que le importara, en realidad. Solo quería saberlo. Zita no mentía para hacer daño.

—Eso no es una mentira —dijo Martha—. Es un secreto.

Pira conocía la diferencia. Un secreto era algo que no se decía a nadie. A veces cuando el pene se le ponía grande y estaba solo en la cama, se lo su-

---

jetaba bien derecho con una mano y con dos dedos de la otra hacía un hombrecito. El hombre venía caminando por la sábana y trepaba al cuerpo de Pira, que le resultaba una cuesta muy empinada, y seguía andando hasta que el pene le daba un golpe. Salvo que no era un pene sino un gigante. El hombre luchaba con el gigante. Unas veces ganaba y otras perdía. Ese juego era secreto. Solo Pira conocía su existencia.

Así que Zita también tenía un secreto. Pero él lo conocía.

Había otra palabra, *privado*, que tenía un significado parecido a *secreto*. Si Pira entraba en el cuarto de baño mientras su padre estaba haciendo pis, Bruno le pedía que saliera hasta que él terminase porque mear era algo privado para él.

A Martha no le importaba que Pira estuviera delante cuando ella hacía pis, pero sí le molestaba que abriera el cajón de arriba de su cómoda para ver lo que había dentro porque eran cosas privadas. Lo de Bruno haciendo pis y las cosas del cajón de Martha no eran secretos, porque él los conocía y a ellos no les importaba que los conociera. Si tenías un secreto, también era privado, pero las cosas privadas no eran secretos necesariamente. Esa era la diferencia.

Bruno y Martha recibían cartas que llevaban sus dos nombres en el sobre. Esas cartas eran para

---

los dos. Pero también estaban las cartas dirigidas solo a Bruno o a Martha, y esas las leían por separado y luego las comentaban entre ellos. A veces se las pasaban al otro para que las leyese, pero seguían siendo privadas. Pira se enteró de eso un día en que Martha se enfadó con Bruno por haber leído una carta que el primer padre de Pira, David, le había escrito a ella sola.

—Yo no tengo secretos para ti —declaró Martha—, pero esto es privado.

Y Bruno, que al principio parecía dolido, lo entendió y se disculpó. Eso aclaró del todo las cosas.

Las cartas de Zita a Federico y las de él a ella no eran privadas, pero solo porque no sabían leer ni escribir y necesitaban que otras personas los ayudaran. Pero según Martha, la propia Zita era una persona muy privada. ¿Quería decir eso que tenía secretos aparte del que Pira había descubierto? Él creía que no. No sabía a qué se refería Martha al decir eso.